

La página viva Don Alfonso los escucha

José de la Colina

—¡Hola!
—¡Hola!
—¿Y qué?
—Pues na.
—¿Y aquello?
—¡Toma! Pues aquello... Así, así, nada más.
—¡Hombre!
—¡Pues claro!
—Pero ¿y la cosa esa?
—Es que...
—¡Quiá, hombre!
—¡Anda! ¿Y éste? ¿Qué se ha figurao?
—¡Bueno, hombre, bueno!
—¡Pues hombre!
(Da capo).

Así, a veces, durante varias horas: vagas ilusiones en torno a una realidad que escapa a la mente misma de los que quieran asirla. Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar duele. ¡Oh, voluptuosidad! Rueda, por las terrazas de Alcalá—calle arriba, calle abajo— un vago rumor de almas en limbo.

Una página viva por lo certero de la transcripción a prosa escrita de la prosa dialogada por unos personajes, sin duda madrileños y no por encima de la pequeña clase media, que el fino oído de Alfonso Reyes habría escuchado cuando, paseando, exploraba “la playa seca de Alcalá”, acaso la más famosa de las calles de la ciudad capital de España, y decidió despojarlos de su transitoriedad fijándolos, arquetipándolos en una de las primeras obras de la que habría de ser su cuantiosa bibliografía: el librito *Calendario* (Madrid, 1924, 183 pp., colección Cuadernos Literarios, fundada y dirigida



Alfonso Reyes, 1908

por Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y el mismo Alfonso Reyes).

En los años de 1914 a 1924, don Alfonso, que tras la tragedia realmente histórica de la muerte del padre (el general Bernardo Reyes, acribillado en la intentona antimaderista frente al Palacio Nacional de la Ciudad de México), se había “refugiado” con su familia en la capital de España y, aparte de cumplir excelentemente en un puesto de la legación mexicana, se ganaba la vida y las de la esposa y el hijo, escribiendo, para periódicos y revistas, breves ensayos y comentarios de libros, críticas de películas (al alimón con Martín Luis Guzmán), apuntes tomados al paso y reportajes digamos líricos. Y si quizás había planeado vivir primordialmente *entre libros*, supo en su tranquilo “exilio” prestar ojos y oídos a la realidad española del momento y de la calle, y no desdeñar nada de lo que pareciera ser meramente anecdótico.

Esta página viva (que Luis Ignacio Helguera recogería en su antología de poesía en prosa en México) nos permite adivinar

a través del texto una gestualidad característica: encogimientos de hombros, ademán de apartar de sí al saludador inoportuno, repliegue de labios, etcétera, y nos presenta un diálogo de amigos o conocidos que resulta en una controversia de humores en que se despliega el arte de referirse a un tema sin exponerlo y reduciéndolo a intercambio de sobrentendidos. Los personajes son madrileñísimos, pero acaso también sean universales. El “vago rumor de almas en limbo” podría haberse dado en cualquier otra ciudad del mundo y cualquier otra lengua, y se me ocurre intentar traducirlo, tergiversarlo, a una posible realidad mexicana igualmente capitalina, callejera y (según me salió) más ruda y de menor rango social:

— Hola.
— Hola.
—¿Quiubo?
—¡Pfft!
—¿Qué pues?
—¡Pinchamente!
—No la..., ¿a poco?
—Posí.
—¿Te cae? ¿Así nomás?
—Ei.
—¿A lo macho?
—Ya dije.
—¿Tons qué?
—Qué de qué.
—Pos de la chiva esa.
—¡Y’ora con la pinche chiva!
—Tons... ¿nada?
—¡Tchst, no chingues!.
—Pero...
—No estés chingando, dije.
—Óyeme, ¿qué trais?
— Mis güevos, güey.
—¡Pos ora!
—¡...! **u**